

LA SABIDURÍA DE LOS PSICÓPATAS

TODO LO QUE LOS
ASESINOS
EN SERIE
PUEDEN ENSEÑARNOS
SOBRE LA VIDA



KEVIN DUTTON

Ariel

Kevin Dutton

La sabiduría de los psicópatas

Todo lo que los asesinos en serie
pueden enseñarnos sobre la vida

Ariel

Índice

Prólogo	11
1. Ascendente Escorpio	21
2. ¿Quiere ponerse en pie el auténtico psicópata, por favor?	53
3. <i>Carpe noctem</i>	91
4. La sabiduría de los psicópatas	119
5. Conviértame en un psicópata	151
6. Los siete preciados capitales	185
7. Supercordura	213
Notas	251
Agradecimientos	295

1

Ascendente Escorpio

Un mismo hombre rara vez es grande y bueno.

WINSTON CHURCHILL

Un escorpión y una rana están sentados a la orilla de un río, y ambos tienen que pasar al otro lado.

—¡Hola, señora rana! —llama el escorpión por entre los juncos—. ¿Sería usted tan amable de pasarme encima de su lomo al otro lado del agua? Tengo algo importante que hacer en la otra orilla. Y con esta corriente tan fuerte no puedo nadar.

La rana de inmediato sospecha.

—Bueno, señor escorpión —contesta—, me parece muy bien que tenga usted cosas importantes que hacer en la otra orilla del río. Pero piense un momento en lo que me está pidiendo. Usted es un escorpión. Tiene un aguijón muy largo al final de la cola. En cuanto me lo suba a usted al lomo, su naturaleza, inevitablemente, será picarme.

El escorpión, que ya había pensado en las objeciones de la rana, le contesta:

—Mi querida señora rana, sus reservas son perfectamente razonables. Pero está claro que no tengo interés alguno en picarle. Necesito ir al otro lado del río, de verdad. Y le doy mi palabra de que no le pasará nada malo.

De mala gana, la rana acepta que lo que dice el escorpión parece cierto. Así que permite al rápido artrópodo que se le suba al lomo. Y allá van los dos, al agua.

Al principio todo va bien. Todo sale según el plan que ha-

bían acordado. Pero a mitad de camino, la rana repentinamente nota un agudo dolor en el lomo... y ve, por el rabillo del ojo, que el escorpión retira el aguijón de su pellejo. Un sopor mortal empieza a agarrotar sus miembros.

—¡Idiota! —croa la rana—. ¡Ha dicho que tenía que ir a la otra orilla a ocuparse de un asunto! ¡Ahora vamos a morir los dos!

El escorpión hace un gesto desdenoso y bailotea encima del lomo de la rana que se ahoga.

—Señora rana —replica, con indiferencia—, usted misma lo ha dicho. Soy un escorpión. Está en mi naturaleza picarle.

Y diciendo esto tanto el escorpión como la rana desaparecen bajo las aguas turbias y fangosas de las rápidas corrientes del río.

Y no se ha vuelto a ver a ninguno de los dos.

Lo esencial

Durante su juicio en 1980, John Wayne Gacy declaró con un suspiro que solo era culpable de «ocuparse de un cementerio sin licencia».

Sí, era un buen cementerio. Entre 1972 y 1978, Gacy había violado y asesinado al menos a treinta y tres chicos y hombres jóvenes (de una edad promedio de unos dieciocho años), y luego los había introducido en un hueco que había debajo de su casa. Una de sus víctimas, Robert Donnelly, sobrevivió a las atenciones de Gacy, pero fue torturado tan inmisericordemente por su captor que, en varias ocasiones durante su suplicio, rogó a Gacy que «terminara de una vez» y lo matara.

Gacy se quedó desconcertado. «Ya estoy en ello», respondió.

Yo tuve el cerebro de Wayne Gacy en mis manos. Tras su ejecución en 1994 mediante una inyección letal, la doctora Helen Morrison, testigo de la defensa en su juicio y una de las mayores expertas mundiales en asesinos en serie, ayudó a realizar su autopsia en un hospital de Chicago, y luego volvió a casa con el cerebro metido en un bote de cristal, en el asiento del pasajero de su Buick. Quería averiguar si había algo en aquel

cerebro (lesiones, tumores, enfermedades...) que lo hiciera distinto del cerebro de las personas normales.

Las pruebas no revelaron nada inusual.

Varios años más tarde, tomando café en su consulta de Chicago, hablé con la doctora Morrison del significado de los resultados que obtuvo. De lo que significaba que no hubiera encontrado nada.

—¿Significa eso —le pregunté— que todos somos básicamente psicópatas, en el fondo? ¿Que todos nosotros tenemos propensión a violar, matar y torturar? Si no hay diferencia entre mi cerebro y el cerebro de John Wayne Gacy, entonces, ¿dónde reside la diferencia, exactamente?

La doctora Morrison vaciló un momento y luego me citó una de las verdades fundamentales de la neurociencia.

—Un cerebro muerto es muy distinto de uno vivo —dijo—. Por fuera, un cerebro puede parecer similar a otro, pero funcionan de modo completamente distinto. Es lo que ocurre cuando están encendidas las luces, y no cuando están apagadas, lo que causa el desequilibrio. Gacy era un caso tan extremo que me pregunté si podía haber algo más que contribuyese a sus actos, alguna herida o daño en el cerebro, o alguna anomalía anatómica. Pero no la había. Era normal. Lo que demuestra lo complejo e impenetrable que puede ser a veces el cerebro, lo reacio que se muestra a revelarnos sus secretos. Que las diferencias en la educación, digamos, o cualquier otra experiencia al azar, pueden producir unos cambios sutiles en las conexiones internas y en la química, que luego expliquen esos movimientos tectónicos en la conducta.

Al hablar aquel día de luces encendidas y de movimientos tectónicos en la conducta, la doctora Morrison me recordó un rumor que había oído sobre Robert Hare, profesor de psicología de la Universidad de la Columbia Británica y una de las mayores autoridades mundiales en psicópatas. En los años noventa, Hare envió un trabajo de investigación a una publicación que incluía los resultados de los electroencefalogramas (EEG) tanto de psicópatas como de no psicópatas, mientras realizaban lo que se conoce como una tarea de decisión léxica.¹ Hare y su equipo de coautores mostraban a los voluntarios una

serie de letras, y luego les hacían decidir, lo más rápido posible, si aquellas series incluían o no una palabra.

Lo que ocurrió resultó asombroso. Mientras los participantes normales identificaban palabras con carga emocional como «cáncer» o «muerte» mucho más rápidamente que otras neutras, como «árbol» o «plato», ése no era el caso con los psicópatas. Para los psicópatas, la emoción era irrelevante.

La publicación rechazó el artículo. Y no por sus conclusiones, parece ser, sino por algo mucho más extraordinario. Algunos de los modelos de EEG, alegaron los revisores, eran tan anormales que no podían proceder de personas de verdad. Pero el caso es que era así.

Intrigado por mi conversación con la doctora Morrison en Chicago sobre los misterios y enigmas de la mente psicopática (en realidad, sobre la contumacia neural en general) visité a Hare en Vancouver. ¿Era cierto el rumor?, le pregunté. ¿Había sido rechazado realmente el artículo? Y de ser así, ¿qué era lo que pasaba?

Resultó que muchas cosas.

—Hay cuatro tipos distintos de ondas cerebrales —me dijo— que van desde las ondas beta, durante los periodos de gran alerta, pasando por ondas alfa y theta, hasta las olas delta, que acompañan el sueño profundo. Esas ondas reflejan los niveles fluctuantes de actividad eléctrica en el cerebro en diversos momentos. En miembros normales de la población, las olas theta se asocian a estados letárgicos, meditativos o somnolientos. Sin embargo, en los psicópatas ocurren durante estados de vigilia normales... incluso, a veces, durante estados de gran excitación...

»El lenguaje, para los psicópatas, solo tiene una palabra de profundidad. No hay acotación emocional detrás. Un psicópata puede decir “te quiero”, pero en realidad eso significa tanto para él como decir “tomaré una taza de té”... Ése es uno de los motivos por los cuales los psicópatas se mantienen siempre tan fríos, calmados y serenos en condiciones de extremo peligro, y se mueven tanto por las recompensas y corren riesgos. Su cerebro, literalmente, está menos “conectado” que el nuestro.»

Volví a pensar en Gacy y lo que había aprendido de la doctora Morrison.

Normales exteriormente (Gacy era un miembro importante de su comunidad local, y en una ocasión incluso fue fotografiado con la primera dama, Rosalynn Carter), camuflan su escorpión interno con un manto atractivo de gran encanto.

Pero está en su naturaleza picarte... aunque con ello se hundan.

«Que os den por el culo», dijo mientras entraba en la cámara de ejecución.

Visita comentada

Fabrizio Rossi tiene treinta y cinco años, y era limpiaventanas. Pero su predilección por el asesinato al final prevaleció. Y ahora, aunque no lo crean, lo hace para vivir.

Nos encontramos los dos una agradable mañana de primavera, merodeando algo inquietos en torno al dormitorio de John Wayne Gacy, y le pregunto qué opina. ¿Qué tienen los psicópatas para que los encontremos tan irresistibles? ¿Por qué nos fascinan tanto?

Está claro que no es la primera vez que se lo preguntan.

—Creo que lo más importante de los psicópatas —dice Rossi—, es el hecho de que por una parte son muy normales, igual que todos nosotros... pero, por otra parte, son muy distintos. Gacy incluso se vestía de payaso y actuaba en fiestas infantiles... Eso es lo que pasa con los psicópatas. Exteriormente parecen normales y corrientes. Pero si miras debajo de la superficie, en los huecos que hay debajo de su casa, digamos, nunca sabes lo que te puedes encontrar.

Por supuesto, no estamos en el dormitorio real de Gacy, sino en una versión reproducida que forma parte de una exposición en el que seguramente podría ser un buen candidato a museo más truculento del mundo: el Museo de los Asesinos en Serie de Florencia. El museo se encuentra en la Via Cavour, una calle lateral muy pija a poca distancia del Duomo.

Y su comisario es Fabrizio Rossi.

El museo va bien. ¿Por qué no iba a ser así? Están todos allí, si te gustan ese tipo de cosas. Todos, desde Jack el Destripador hasta Jeffrey Dahmer. Desde Charles Manson a Ted Bundy.

Bundy es un caso interesante, le digo a Rossi. Una misteriosa premonición de los poderes ocultos de los psicópatas. Una atrayente sugerencia de la posibilidad de que, si miras lo suficiente, en el hueco debajo de la casa haya algo más que secretos oscuros.

Él se muestra sorprendido, por decirlo suavemente.

—Pero Bundy es uno de los asesinos en serie más famosos de la historia —dice—. Es una de las mayores atracciones del museo. ¿Puede haber realmente en él algo más que secretos oscuros?

Pues sí. En 2009, veinte años después de su ejecución en la Prisión Estatal de Florida (en el preciso momento en que llevaban a Bundy a la silla eléctrica, las emisoras de radio locales pidieron a los oyentes que apagaran todos los electrodomésticos para maximizar el suministro de energía), la psicóloga Angela Book y sus colegas de la Universidad Brock, de Canadá, decidieron tomar al pie de la letra al glacial asesino en serie americano. Durante su entrevista, Bundy, que rompió el cráneo a treinta y cinco mujeres durante un período de cuatro años, a mediados de los setenta, aseguró, con esa sonrisa suya tan infantil y americana, que podía distinguir a una «buena» víctima sencillamente por la forma que tenía de andar.

«Soy el hijo de puta más frío que se encontrarán en la vida», afirmó Bundy. Y en eso nadie pudo llevarle la contraria. Pero ¿podría haber sido también, se preguntaba Book, uno de los más astutos?

Para averiguarlo puso en marcha un experimento sencillo.² Primero les pasó la Escala de Informe autocumplimentado de psicopatía —un cuestionario destinado específicamente a encontrar rasgos psicopáticos en la población en general, contrariamente a los de la prisión o el hospital—, a cuarenta y siete estudiantes universitarios varones.³ Luego, basándose en los resultados, los dividió entre los que habían tenido altas puntuaciones y bajas. A continuación grabó en vídeo la forma de andar de doce participantes nuevos que iban caminando por un pasillo de una habitación a otra, donde rellenaron un cuestionario demográfico. El cuestionario incluía dos preguntas: 1) ¿Ha sido víctima de algún acto en el pasado? (sí o no) 2) Si es así, ¿cuántas veces ha ocurrido?

Finalmente, Book presentó fragmentos de las doce graba-

ciones a los cuarenta y siete participantes, y les propuso un reto: puntuar del 1 al 10 lo vulnerables que parecían a un ataque cada uno de los objetivos.

La lógica era sencilla. Si la afirmación de Bundy era cierta, y realmente era capaz de notar la debilidad por la forma que tenían de caminar sus víctimas, entonces, conjeturó Book, los que habían obtenido una puntuación alta en la Escala de Informe de psicopatía deberían ser mejores a la hora de juzgar la vulnerabilidad que los que habían obtenido una puntuación baja.

Y resultó ser así, exactamente. Además, cuando Book repitió el procedimiento con psicópatas diagnosticados clínicamente de una prisión de máxima seguridad,⁴ averiguó algo más. Los estudiantes universitarios «psicopáticos» de alta puntuación del primer estudio quizá fuesen capaces de identificar la debilidad, pero los psicópatas clínicos fueron más lejos todavía. Afir-maron explícitamente que se debía a la forma de andar que tenía la gente. Ellos, como Bundy, sabían con toda precisión lo que andaban buscando.

Los aduaneros ideales

Los resultados de la prueba de Angela Book no son flor de un solo día. El suyo no es más que uno entre el creciente número de estudios que en años recientes han empezado a mostrar a los psicópatas bajo una luz nueva y mucho más compleja: una luz quizá distinta de las sombras morbosas arrojadas por los titulares de los periódicos y los guiones de Hollywood. La noticia es difícil de digerir. Y va en el mismo sentido aquí, en este rinconcito asesino de Florencia, que en casi todo el resto del mundo: con una saludable dosis de escepticismo.

—¿Quiere decir —pregunta Rossi, incrédulo— que hay veces en que no es necesariamente malo ser un psicópata?

—No solo eso —asiento—, sino que hay veces en que realmente es algo bueno... por ejemplo cuando ser un psicópata te da ventaja sobre otras personas.

El antiguo limpiaventanas no parece convencido en absoluto. Y mirando a su alrededor, es fácil comprender por qué. Bundy

y Gacy no son exactamente la gente más adecuada para relacionarse. Y seamos sinceros: cuando hay varias docenas más esperando para sustituirlos, es difícil ver lo positivo. Pero el Museo de los Asesinos en Serie no cuenta toda la historia. De hecho, no cuenta ni la mitad. Como explicó hábilmente Helen Morrison, el destino de un psicópata depende de una enorme cantidad de factores, incluyendo los genes, el entorno familiar, la educación, la inteligencia y la oportunidad. Y cómo interactúa todo eso.

Jim Kouri, vicepresidente de la Asociación Nacional de Jefes de Policía de Estados Unidos, lo explica de una manera similar. Rasgos que son comunes entre asesinos en serie psicópatas, observa Kouri, como un sentido muy elevado de la propia valía, capacidad de persuasión, encanto superficial, intrepidez, falta de remordimientos y manipulación de los demás, también los comparten los políticos y líderes mundiales.

Individuos, en otras palabras, que no están acusados de ningún cargo, sino que se presentan para ocupar un cargo. Un perfil semejante, observa Kouri, permite a aquellos que lo tienen hacer lo que quieran y cuando quieran, sin inmutarse ante las consecuencias sociales, morales o legales de sus actos.

Si se ha nacido bajo la estrella adecuada, por ejemplo, y se tiene poder sobre la mente humana, como la luna lo tiene sobre el mar, se puede ordenar el genocidio de 100.000 kurdos y subir al patíbulo con una misteriosa obstinación que podía provocar, incluso por parte de los detractores más empedernidos, una deferencia perversa y no manifestada.

«No tema, doctor», soltó Saddam Hussein en el patíbulo, momentos antes de su ejecución. «Esto es para hombres.»

Si eres violento y astuto, como el «Hannibal Lecter» real, Robert Maudsley, quizá podrías atraer a un compañero de celda, romperle el cráneo con un martillo y probar sus sesos con una cuchara, con tanta tranquilidad como si te estuvieras comiendo un huevo pasado por agua. (Maudsley, por cierto, lleva encerrado en régimen de aislamiento los últimos treinta años, en una celda a prueba de balas en el sótano de la prisión de Wakefield, en Inglaterra.)

O si eres un neurocirujano brillante, implacablemente frío y centrado cuando se te somete a presión, podrías, como James

Geraghty, probar suerte en un terreno de juego completamente distinto: en las avanzadillas más remotas del siglo XXI, donde el riesgo sopla con vientos de ciento sesenta kilómetros por hora y el oxígeno de la deliberación es escaso:

—No siento compasión por aquellos a quienes opero —me dijo—. Ése es un lujo que, sencillamente, no me puedo permitir. En el quirófano me transformo: soy como una máquina fría y sin corazón, me hago uno con el escalpelo, taladro y siervo. Cuando estás atajando y engañando a la muerte por encima de las nieves perpetuas del cerebro, los sentimientos no son adecuados. La emoción es entropía, y va muy mal para el negocio. A lo largo de los años he ido acallándola hasta extinguirla.

Geraghty es uno de los neurocirujanos más importantes del Reino Unido... y aunque, en cierto sentido, sus palabras le dejan a uno completamente helado, en otro suenan perfectamente razonables. Allá abajo, en el gueto de uno de los barrios más peligrosos del cerebro, el psicópata es contemplado como un depredador aislado e implacable, una especie solitaria de un encanto fugaz y mortal. En cuanto oímos la palabra aparecen imágenes de asesinos en serie, violadores y terroristas locos y ocultos, que vienen a hurtadillas por el hueco de la escalera de nuestra mente.

Pero ¿y si les hago un retrato diferente? ¿Qué pensarían si les dijese que el pirómano que les quema la casa podría ser también, en un universo paralelo, el héroe que probablemente se atreva a enfrentarse a las vigas en llamas de un edificio ardiendo y medio derruido y entre y saque de allí a sus seres queridos? ¿O que ese chico con un cuchillo en las sombras, en las últimas filas del cine, podría, en años venideros, llevar un instrumento cortante muy distinto y actuar en un quirófano, un escenario completamente diferente?

Afirmaciones como ésta son difíciles de creer, desde luego. Pero son ciertas. Los psicópatas son intrépidos, confiados, carismáticos, despiadados y centrados. Sin embargo, contrariamente a la creencia popular, no necesariamente violentos. Y si eso suena bien, pues efectivamente, es así. O más bien puede serlo. Depende, como hemos visto, de las otras cosas que se escondan en los estantes del armario de tu personalidad. Lejos de ser un caso fácil (o eres un psicópata o no lo eres) hay, por el contrario, zonas

internas y externas en esta afección: un poco como las zonas de tarifas en un mapa del metro. Tenemos, como veremos en el capítulo 2, un espectro de psicopatía a lo largo del cual cada uno de nosotros tiene su lugar, y solo una pequeña minoría de gente de la «lista A» reside en el extrarradio.

Un individuo, por ejemplo, puede ser frío como el hielo bajo presión, y desplegar tanta empatía como un alud de nieve (nos encontraremos algo parecido en el parque, más tarde), y sin embargo, al mismo tiempo actuar de un modo que no es violento ni antisocial ni sin conciencia. Obteniendo una puntuación alta en los atributos psicopáticos, tal individuo podría ser considerado con todo derecho más adentrado en el espectro psicopático que alguien que puntúe más bajo en esos rasgos, y sin embargo, no estar cerca en absoluto de la zona de peligro de la persona bebedora de Chianti que puntúa alto en todos ellos.

Igual que no hay línea divisoria oficial entre alguien que juega al golf para divertirse los fines de semana y Tiger Woods, por ejemplo, igual la frontera entre un superpsicópata de nivel mundial «hoyo en uno» y uno que simplemente «psicopatiza» está igual de borrosa. Pensemos en rasgos psicopáticos como diales y controles en una mesa de un estudio de grabación. Pongan todos ellos al máximo, y tendremos una música que no sirve a nadie. Pero si la banda sonora está graduada y algunos mandos están más altos que otros, como la intrepidez, la concentración, la falta de empatía y la fortaleza mental, por ejemplo, podemos tener a un cirujano que destaque por encima de todos los demás.

Por supuesto, la cirugía es un caso en el cual los «talentos» de los psicópatas podrían resultar ventajosos. Pero existen otros. Los agentes de la ley, por ejemplo. En 2009, poco después de que Angela Book publicase los resultados de su estudio, decidí llevar a cabo mi propia aproximación al tema.⁵ Si, como ella había averiguado, a los psicópatas realmente se les daba mejor decodificar la vulnerabilidad, entonces tenía que haber aplicaciones para ese hecho. Tenía que haber alguna manera de que, en lugar de ser una carga para la sociedad, su talento les confiriese una cierta ventaja. Me vino la idea cuando me encontré con un amigo en el aeropuerto. Todos nos ponemos un poco

paranoicos cuando pasamos por el control de aduanas, dije. Aunque seamos perfectamente inocentes. Pero imagina cómo nos sentiríamos si realmenteuviésemos algo que ocultar.

Treinta estudiantes universitarios tomaron parte en mi experimento, la mitad de los cuales habían puntuado alto en la Escala autocomplimentada de psicopatía, y la otra mitad, bajo. También había cinco «colegas». El trabajo de los estudiantes era fácil. Tenían que sentarse en una clase y observar los movimientos de los colegas, mientras éstos entraban por una puerta y salían por otra, atravesando, en el camino, un estrado algo elevado. Pero había una trampa. Los estudiantes tenían que deducir quién era «culpable»: cuál de los cinco ocultaba un pañuelo rojo.

Para elevar la apuesta y darles algo que les estimulase, el colega «culpable» había recibido 100 libras. Si el jurado identificaba correctamente al culpable (si, cuando se contasen los votos, salía la persona que tenía el pañuelo) tenía que devolver el dinero. Por otra parte, si lograba engañarles y el dedo de la sospecha señalaba a uno de los otros, el «colega culpable» era recompensado y podía quedarse las 100 libras.

Los nervios estaban a flor de piel cuando los colegas hicieron su aparición. Pero ¿cuál de los estudiantes sería el mejor «oficial de aduanas»? ¿Resultarían fiables los instintos depredadores de los psicópatas? ¿O les fallaría el olfato para la vulnerabilidad?

Los resultados fueron extraordinarios. Más del 70 por ciento de los que puntuaban muy alto en la Escala de Informe de psicopatía detectaron correctamente al colega que escondía el pañuelo, comparados con el 30 por ciento de los que puntuaron bajo.

Centrar la atención en la debilidad puede ser parte de las habilidades necesarias de un asesino en serie. Pero también puede resultar muy útil en un aeropuerto.

Radar psicopático

En 2003, Reid Meloy, profesor de psiquiatría de la facultad de Medicina de la Universidad de San Diego en California llevó

a cabo un experimento en el cual miraba la otra cara de la moneda de la ecuación del pañuelo escarlata.⁶ Desde luego, los psicópatas tradicionales «hoyo en uno» pueden tener una cierta reputación de saber detectar la vulnerabilidad. Pero también son conocidos por dar dentera. La práctica clínica y la vida diaria están repletas de frases de aquellos que se han encontrado con esos depredadores sociales despiadados, sentencias misteriosas y viscerales como «se me pusieron los pelos de punta» o «me puso la carne de gallina». Pero ¿significa algo realmente todo eso? ¿Llevan bien el escrutinio nuestros instintos? ¿Se nos da tan bien reconocer a los psicópatas como a ellos se les da reconocernos a nosotros?

Para averiguarlo, Meloy preguntó a 450 profesionales de la justicia criminal y la salud mental si habían experimentado alguna vez esas extrañas reacciones físicas cuando entrevistaban a un sujeto psicopático, criminales violentos con todos los registros de la mesa de sonido al máximo.

Los resultados no dejan nada a la imaginación. Tres cuartas partes de ellos decían que sí, y las mujeres informaban de una incidencia del fenómeno mucho mayor que los hombres (84 por ciento, comparado con el 71 por ciento) y los clínicos con nivel de máster o licenciado informaban de una mayor incidencia que los de nivel doctoral, o, en el otro lado de la escala profesional, los agentes de policía (84 por ciento, 78 por ciento y 61 por ciento, respectivamente). Entre los ejemplos estaban: «me sentía como si me quisieran comer», «asco... repulsión... fascinación», y «una esencia maligna me atravesó».

Pero ¿qué es lo que notamos, exactamente?

Para responder a esta pregunta, Meloy retrocede en el tiempo, hasta la prehistoria y los dictados sombríos y espectrales de la evolución humana. Hay numerosas teorías de cómo pudo desarrollarse por primera vez la psicopatía, y nos ocuparemos de todas ellas un poco más adelante. Pero una cuestión general en el gran esquema etiológico de las cosas es desde qué perspectiva ontológica deberíamos contemplarlo en realidad: ¿desde un punto de vista clínico, como trastorno de la personalidad? ¿O desde un punto de vista de la teoría del juego, como apuesta biológica legítima: una estrategia de la historia vital, que confe-

ría significativas ventajas reproductivas en el entorno primigenio, ancestral?

Kent Bailey, profesor emérito de psicología clínica en la Universidad Commonwealth de Virginia, argumenta en favor de esta última,⁷ y adelanta la teoría de que la violenta competencia entre grupos ancestrales próximos y dentro de ellos fue el precursor evolutivo primario de la psicopatía (o tal y como él lo expresa, el «guerrero halcón»).

«Se requería cierto grado de violencia depredatoria», indica Bailey, «para el proceso de buscar y matar a la hora de cazar grandes animales», y un contingente de élite de «guerreros halcones» presumiblemente habría resultado muy útil no solo como medio de rastrear y matar la pieza, sino también como defensa ya preparada para repeler intrusiones no deseadas de contingentes similares de otros grupos vecinos.

El problema, claro está, es qué demonios hacer con ellos en tiempos de paz. Robin Dunbar, profesor de psicología y antropología de la evolución de la Universidad de Oxford, apoya las afirmaciones de Bailey.⁸ Volviendo al tiempo de los escandinavos antiguos, entre los siglos IX y XI, Dunbar cita a los «berserkers» como buen ejemplo, esos guerreros vikingos tan celebrados que, como atestiguan sagas, poemas y registros históricos, parece que luchaban inmersos en una furia brutal, como un trance. Pero ahondando un poco más en la literatura, emerge una imagen mucho más siniestra: una élite peligrosa que podía volverse contra los miembros de la comunidad a la que se les había encargado proteger, cometiendo salvajes actos de violencia contra sus campesinos.

Aquí, propone Meloy, se encuentra la solución al misterio, a los pelos que se ponen de punta y al pensamiento evolutivo a largo plazo detrás del «radar psicopático» que mora en nosotros. Porque, como argumenta Kent Bailey, si tales individuos predadores y ancestrales eran en realidad psicopátas, resultaría, por lo que sabemos de la selección natural, que no era una calle de una sola dirección. Los miembros más pacíficos de la comunidad inmediata y más amplia con toda probabilidad habrían desarrollado un mecanismo, tecnología neural encubierta de vigilancia, para identificar y señalar el peligro cuando entrase en

su espacio cognitivo... un sistema de advertencia temprano y clandestino que podía permitirles retirarse.

A la luz del trabajo de Angela Book con víctimas de ataques, y mis propias investigaciones con los que ocultaban el pañuelo rojo, tal mecanismo podría explicar de una manera bastante plausible tanto las diferencias de género como de estatus que señalaba el experimento de Meloy. Dada la reputación de los psicópatas como diabólicos *sommeliers* emocionales, su olfato especializado para las inescrutables notas de bajo de la debilidad, no está fuera de toda posibilidad que las mujeres, como taimada recompensa darwiniana por una mayor vulnerabilidad física, puedan exhibir unas reacciones más intensas y frecuentes en su presencia... igual que, por el mismo motivo, les ocurría a los profesionales de salud mental de menor estatus.

Ciertamente, es una hipótesis de trabajo. Cuanto más amenazado se siente uno, cuanto más riesgo hay de un robo, más importante es estrechar la seguridad.

Por supuesto que en los días de penumbra de nuestros antepasados existían cazadores despiadados y sin remordimientos que llevaban a cabo brutalmente en la oscuridad sus artes predatorias, eso es algo que está fuera de duda. Pero que tales cazadores, con su capacidad de anticiparse a la naturaleza, eran psicópatas tal y como los conocemos hoy en día es algo un poco más abierto a interrogaciones. El obstáculo, diagnósticamente, es la empatía.

En tiempos ancestrales, los cazadores más prolíficos y efectivos no eran, como se podría esperar, los más sedientos de sangre e incansables. Por el contrario, eran los más fríos y empáticos. Eran aquellos capaces de asimilar la forma de pensar de su presa, meterse en su piel y por tanto predecir de una manera fiable sus trayectorias de evasión diestras e innatas: sus rutas y maquinaciones de huida.

Para comprender por qué, solo hay que observar a un bebé aprendiendo a andar. El desarrollo gradual de la locomoción erguida, de una postura cada vez más bípeda, anunciaba y facilitaba al mismo tiempo una nueva era para la compra de comestibles de los homínidos tempranos. La postura vertical prefiguraba una movilidad más aerodinámica y eficiente, permitiendo a nuestros antepasados en la sabana africana recolectar y cazar

durante unos periodos considerablemente más largos de los que habría permitido la locomoción cuadrúpeda.

Pero la «caza de persistencia», como se conoce en antropología, tiene también sus problemas. Los ñus y los antílopes pueden superar en velocidad fácilmente a un humano. Pueden desaparecer más allá del horizonte. Si se puede predecir con precisión dónde se acabarán parando, ya sea buscando pistas que han dejado atrás en su huida, o bien leyendo sus pensamientos, o ambas cosas, aumentan las posibilidades de supervivencia.

De modo que si los depredadores mostraban empatía, y en algunos casos incluso una empatía reforzada, ¿cómo podían ser psicópatas? Si hay algo en lo que coincide la mayoría de la gente es en que los psicópatas exhiben una marcada ausencia de sentimientos, una singular carencia de comprensión de los demás. ¿Cómo cuadrar el círculo?

La neurociencia cognitiva viene a asistirnos. Con un poco de ayuda de una cierta filosofía moral malévol.

Vagonología

Joshua Greene, psicólogo de la Universidad de Harvard, pasó los últimos años observando cómo descifraban los psicópatas los dilemas morales, cómo respondían sus cerebros dentro de las diferentes cámaras de descompresión éticas.⁹ Dio con algo interesante. Lejos de ser uniforme, la empatía es esquizofrénica. Hay dos variedades distintas: caliente y fría.

Consideremos, por ejemplo, el siguiente acertijo (caso 1), propuesto en primer lugar por la filósofa Philippa Foot:¹⁰

Un vagón de ferrocarril corre por unas vías. En su camino se encuentran cinco personas atrapadas, que no pueden escapar. Afortunadamente, usted puede darle a un interruptor que desviará el vagón a una vía muerta, apartando así el vagón de las cinco personas... pero con un precio. Hay otra persona atrapada también en ese desvío, y el vagón matará a esa persona. ¿Debería usted darle al interruptor?

La mayoría de nosotros experimenta pocas dificultades a la hora de decidir qué hacer en esa situación. Aunque la perspec-

tiva de darle al interruptor no es agradable, la opción utilitaria (matar solo a una persona en lugar de cinco) representa «la opción menos mala». ¿No?

Ahora consideremos la siguiente variante (caso 2), propuesta por la filósofa Judith Jarvis Thomson:¹¹

Como antes, un vagón de ferrocarril va descontrolado por una vía hacia cinco personas. Pero esta vez, usted se encuentra de pie detrás de un desconocido muy corpulento en una pasarela peatonal por encima de las vías. La única forma de salvar a las cinco personas es arrojar al desconocido a las vías. Éste morirá al caer, desde luego. Pero su corpulencia considerable bloqueará el vagón, salvando así cinco vidas. ¿Debería usted empujarle?

Aquí podríamos decir que nos encontramos ante un dilema «real». Aunque el recuento de vidas es exactamente el mismo que en el primer ejemplo (cinco a una), jugar de esta manera nos pone un poco más cautos y nerviosos. ¿Por qué?

Joshua Greene cree que tiene la respuesta. Lo que pasa es que afecta a regiones distintas del cerebro.

El caso 1, afirma, es lo que podríamos llamar un dilema moral «impersonal». Se aloja en esas zonas del cerebro, el córtex prefrontal y el córtex parietal posterior (en particular el córtex paracingulado anterior, el polo temporal y el surco temporal superior), principalmente implicados en nuestra experiencia objetiva de la empatía «fría»: el razonamiento y el pensamiento racional.

El caso 2, por otra parte, es lo que podríamos llamar un dilema moral «personal», y llama a la puerta del centro de emociones del cerebro, conocido como amígdala: el circuito de la empatía «caliente».

Como la mayoría de los miembros normales de la población, los psicópatas no tienen demasiado problema a la hora de resolver el dilema presentado en el caso 1. Dan al interruptor y el tren se desvía, matando a una sola persona en lugar de matar a cinco. Sin embargo (y aquí es donde la cosa se pone interesante), a diferencia de la gente normal tampoco tendrían demasiados problemas en el caso 2. Los psicópatas se quedarían muy tranquilos empujando al tipo gordo a las vías sin pestañear, si no queda más remedio.

Para complicar más aún las cosas, esta diferencia de conducta se refleja de una manera muy concreta en el cerebro. El patrón de activación neuronal, tanto en los psicópatas como en la gente normal, está muy bien relacionado con la presentación de dilemas morales impersonales, pero diverge espectacularmente cuando las cosas empiezan a ponerse un poco más personales.

Imaginemos que le introduzco en un aparato de resonancias magnéticas y luego le presento los dos dilemas. ¿Qué observaría yo mientras usted atraviesa sus problemáticos campos de minas morales? Bueno, más o menos en el momento en que la naturaleza del dilema cruzase la frontera de lo impersonal a lo personal, yo presenciaria cómo su amígdala y sus circuitos cerebrales relacionados (el córtex orbitofrontal medial, por ejemplo) se iluminaban como una máquina del millón. Eso sería, en otras palabras, en el momento en que la emoción pusiese una moneda en la ranura.

Pero en el psicópata solo vería oscuridad. El tenebroso casino neuronal estaría cerrado a cal y canto. Y el paso de lo impersonal a lo personal se llevaría a cabo sin incidentes.

Esta distinción entre la empatía caliente y fría, el tipo de empatía que «sentimos» cuando observamos a otros, y el cálculo emocionalmente acerado que nos permite sopesar, fría y desapasionadamente, qué puede estar pensando otra persona, deberían ser como la música a oídos de teóricos como Reid Meloy y Kent Bailey. Sí, claro, los psicópatas podrían ser deficientes en la variedad anterior, la del tipo susceptible. Pero en lo que respecta al último asunto, de ese tipo que se codifica como «comprender» en lugar de «sentir», el tipo que permite una predicción abstracta y nada nerviosa, opuesta a la identificación personal; ese tipo que se apoya en el proceso simbólico en lugar de la simbiosis afectiva (esa misma habilidad cognitiva que poseen los cazadores expertos y los que hacen «lectura en frío», no solo en el entorno natural sino también en la palestra humana), entonces los psicópatas están en su propia liga. Incluso vuelan mucho mejor con un solo motor de empatía que con dos... motivo por el cual son tan persuasivos, claro está. Si sabes dónde están los botones y no te acaloras cuando los aprietas, tienes muchas posibilidades de que te toque el gordo.

La división de la empatía ciertamente es como música para los oídos de Robin Dunbar, que, cuando no está investigando sobre los berserkers, puede encontrarse a veces en la Sala Común superior del Magdalen College. Una tarde, tomando té y pastelitos en una salita forrada de roble que daba a los claustros, le hablo de los vagones de ferrocarril y la diferencia entre el funcionamiento normal y psicopático del cerebro que revelan. No se sorprende en absoluto.

—Los vikingos tenían las cosas muy claras, ya en sus tiempos —señala—. Y los berserkers ciertamente no hacían nada para disipar su reputación de gente con la que no había que jugar. Pero ése era su trabajo. Su papel era ser más implacable, tener más sangre fría, ser más salvajes que el soldado vikingo medio, porque... ¡así eran ellos, exactamente! Eran más implacables, tenían más sangre fría y eran más salvajes que el soldado vikingo medio. Si se le hubiera podido hacer un escáner cerebral a un berserker y se le hubiese planteado el dilema del vagón, creo que ya sé lo que habríamos visto. Nada. Exactamente lo mismo que con los psicópatas. ¡Y el hombre gordo lo tendría crudo!

Yo me puse mantequilla en un bollito.

—Creo que toda sociedad necesita unos individuos particulares que hagan el trabajo sucio —continuó él—. Gente que no tenga miedo de tomar decisiones duras. De hacer preguntas incómodas. De exponerse y correr riesgos. Y muchas veces esos individuos, por la propia naturaleza del trabajo al que se dedican, no son necesariamente ese tipo de personas con las que te podrías sentar a tomar un té por la tarde. ¿Un bocadillo de pepino?

Daniel Bartels, de la Universidad de Columbia, y David Pizarro, de Cornell, no podrían estar más de acuerdo... y tienen pruebas que lo documentan.¹² Unos estudios han demostrado que aproximadamente el 90 por ciento de la gente se negaría a tirar de un empujón al desconocido desde el puente, aun sabiendo que, si consiguieran sobreponerse a sus remilgos morales naturales, el número de víctimas se reducirá a un quinto. Eso, por supuesto, nos deja a un 10 por ciento sin explicar: una minoría con una moral menos higiénica, que, cuando se trata literalmente de pegar empujones, muestran poco o ningún repa-

ro a la hora de poner en la balanza la vida de otra persona. Pero ¿quién es esa minoría tan poco escrupulosa? ¿Quiénes son ese diez por ciento?

Para averiguarlo, Bartels y Pizarro expusieron el problema del vagón a 200 estudiantes e hicieron que indicaran, en una escala de cuatro puntos, hasta qué punto estaban a favor de empujar al tipo gordo a las vías... lo «utilitarios» que eran. Entonces, junto con la pregunta del vagón, los estudiantes también respondieron a una serie de cuestiones de personalidad designadas específicamente para medir los niveles de psicopatía que poseían. Estos incluían afirmaciones como «me gusta ver peleas a puñetazos» y «la mejor manera de tratar a la gente es decirles lo que quieren oír» (estar de acuerdo o en desacuerdo en una escala de 1 a 10).

¿Se podrían conectar los dos constructos, psicopatía y utilitarismo? Bartels y Pizarro se lo preguntaban. La respuesta fue un rotundo sí. Su análisis revelaba una significativa correlación entre un enfoque utilitario del problema del vagón (empujar al hombre gordo y tirarlo del puente) y un estilo de personalidad predominantemente psicopático. Que, por lo que respecta a la predicción de Robin Dunbar, es muy acertado... pero que en lo relativo al enfoque tradicional del utilitarismo, resulta un poco problemático. En el esquema general de las cosas, a Jeremy Bentham y John Stuart Mill, los dos filósofos del siglo XIX reconocidos por formular la teoría del utilitarismo, generalmente se los considera buena gente.

«La mayor felicidad del mayor número es el fundamento de la moral y la legislación», es la célebre frase que pronunció Bentham.

Sin embargo, si ahondamos un poco más, aparece un cuadro mucho más engañoso, estafalario y oscuro, de selección despiadada y traicioneras corrientes morales. Construir esa legislación, por ejemplo, ahondando en esas maneras de proceder, requerirá necesariamente pisotear los intereses de alguien: algún grupo o causa, que, por la simple lotería de los números, tiene que morder el polvo en aras de un «bien mayor».

Pero ¿quién tiene narices de apretar el gatillo? Bartels y Pizarro puede que hayan encontrado un modelo en el laborato-

rio. Pero ¿y en la vida diaria? ¿Es ahí donde el psicópata realmente triunfa por derecho propio?

El lado oscuro del alunizaje

El asunto de lo que cuesta tener éxito en una profesión dada, hacer lo que toca, digamos, no es tan difícil cuando llega el momento de la verdad. Junto a las habilidades especiales necesarias para realizar las tareas específicas de cada uno, existe en la ley, en los negocios o en cualquier campo que podamos citar, una selección de rasgos que producen un buen rendimiento.

En 2005, Belinda Board y Katarina Fritzson de la Universidad de Surrey llevaron a cabo una investigación para averiguar con toda precisión qué era lo que hacía triunfar a los líderes de los negocios.¹³ Querían saber cuáles eran las facetas de la personalidad que separaban a aquellos que giran a la izquierda cuando se meten en un avión de los que giran a la derecha.

Board y Fritzson tomaron tres grupos, gerentes de empresas, pacientes psiquiátricos y criminales hospitalizados (estos dos últimos eran todos psicópatas que sufrían además de otras enfermedades psiquiátricas) y compararon cómo se les daba en un test de perfil psicológico.

Sus análisis revelaron que un cierto número de los atributos psicopáticos eran más comunes en los líderes de los negocios que en los llamados criminales «perturbados», atributos como encanto superficial, egocentrismo, capacidad de persuasión, falta de empatía, independencia y concentración, y que la principal diferencia entre los grupos se encontraba en los aspectos más «antisociales» del síndrome: los diales (para volver a la analogía anterior) de ruptura de la ley, agresión física e impulsividad por parte de los criminales estaban mucho más altos.

Otros estudios parecen confirmar la imagen de la «mesa de sonido»: que la zona limítrofe entre la psicopatía funcional y la disfuncional dependen no de la presencia de atributos psicopáticos per se, sino más bien de sus niveles y de la forma en que se combinan. Mehmet Mahmut y sus colegas de la Universidad Macquarie han mostrado recientemente que los patrones de

disfunción cerebral (específicamente en relación con el córtex orbitofrontal, la zona del cerebro que regula la aportación de las emociones en la toma de decisiones) observados en ambos psicópatas, criminales y no criminales, exhiben diferencias de dimensión más que discretas.¹⁴ Esto, sugiere, significa que los dos grupos no deberían ser contemplados como poblaciones cualitativamente distintas, sino más bien ocupando distintas posiciones en el mismo continuo neuropsicológico.

En una forma similar (aunque menos high-tech), les pedí a los estudiantes universitarios de una clase de primer curso que se imaginaran que eran gerentes de una empresa de búsqueda de empleo.¹⁵ «Despiadado, intrépido, encantador, amoral y centrado», les dije. «Suponed que tenéis un cliente con ese tipo de perfil. ¿Para qué tipo de trabajo pensáis que podría ser adecuado?» Sus respuestas, como veremos un poco más adelante en el libro, no podrían haber sido más significativas. Ejecutivo, espía, cirujano, político, militar... Todo esto apareció. Junto con asesino en serie, criminal y ladrón de bancos.

«La capacidad intelectual sola es una forma elegante de quedar segundo», me dijo un ejecutivo de éxito. «Recuerde que no lo llaman “cucaña” por nada. El camino hacia la cima es duro. Pero es más fácil trepar si te apoyas en otros. Y mucho más fácil si los demás piensan que son “ellos” los que están sacando algo.»

Jon Moulton, uno de los inversores de más éxito de Londres, está de acuerdo.¹⁶ En una entrevista reciente con el *Financial Times* hace una lista en la que incluye decisión, curiosidad e insensibilidad como sus tres rasgos característicos más valiosos. Los dos primeros ya se veían venir. Pero ¿insensibilidad? «Lo mejor de la insensibilidad», explica Moulton, «es que te deja dormir mientras otros no pueden.»

Si la idea de que los rasgos psicopáticos ayudan en los negocios no es una gran sorpresa, entonces, ¿qué les parece en el espacio? No inspira demasiada confianza la idea de lanzar psicópatas al cosmos, me atrevería a decir, dada su reputación terrestre... y las cualidades psicopáticas, podríamos pensar, no deben de estar exactamente entre las primeras de los exclusivos criterios de selección de la NASA para los astronautas. Pero una vez oí contar una historia que nos proporciona una ilustración grá-

fica de que la neurología refrigerada que aparecía en los escáneres cerebrales de Robert Hare en ciertas situaciones puede conferir beneficios reales: la concentración reptiliana y el desapego cristalino del neurocirujano James Geraghty a veces pueden significar grandeza, no solo en la sala de juntas, el tribunal y el quirófano, sino en otro mundo.¹⁷

La historia es la siguiente. El 20 de julio de 1969, mientras Neil Armstrong y su compañero Buzz Aldrin atravesaban el paisaje lunar buscando un sitio donde alunizar, estuvieron a segundos de estrellarse. El problema era la geología. Había demasiada. Y demasiado poco combustible. Había rocas y piedras esparcidas por todas partes, haciendo imposible un acercamiento seguro. Aldrin se secó la frente. Con un ojo en el indicador del gas y el otro en el terreno, le dio un severo ultimátum a Armstrong: ¡haz bajar esta cosa... y rápido!

Armstrong sin embargo, era mucho más flemático. Quizá (¿quién sabe?) no le hubiesen gustado nunca los copilotos nerviosos. Pero a medida que el tiempo iba pasando, el combustible se terminaba y la perspectiva de morir por la gravedad era una posibilidad cada vez más grande, fríamente dio con un plan. Dio instrucciones a Aldrin de que convirtiera en segundos la cantidad de combustible que le quedaba. Y que empezara una cuenta atrás. En voz alta.

Aldrin hizo lo que le decían.

Setenta... sesenta... cincuenta...

Mientras contaba, Armstrong iba examinando la implacable topografía de la luna.

Cuarenta... treinta... veinte...

El paisaje todavía se negaba a dar nada.

Entonces, cuando faltaban apenas diez segundos, Armstrong vio una oportunidad: un oasis plateado sin nada justo por debajo del horizonte. De repente, imperceptiblemente, como un depredador que se acercaba a su presa, su cerebro se fue estrechando. Como si estuviera en unas prácticas, maniobró la nave con destreza hacia la zona de descenso, y realizó, en el único claro que había en kilómetros a la redonda, un alunizaje perfecto, de manual. Un paso gigante para la humanidad. Pero casi casi un gigantesco desastre cosmológico.